

Esta oración es para que la leas con mucha calma, porque tiene mucha miga. No tengas prisa. Piensa y ora cada una de sus frases, y trata de aplicarlas a tu vida.

Jesús muere. Muere por el pecado de los hombres y por mi pecado. Porque yo también soy culpable. A veces echo un vistazo a mi vida y me pregunto ¿Qué he hecho por Cristo a lo largo de mi vida? ¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué he hecho contigo, Jesús? Porque Él sigue siendo ejecutado, sigue siendo machacado. Y por mí.

Jesús ha querido identificarse con todo hombre y mujer. Donde esté un hombre o una mujer allí está Él. Por eso, lo que yo haya hecho o no haya hecho con cualquier hombre o mujer, lo hice o no lo hice con Jesús.

Ponemos muerte en la vida porque así creemos asegurar la nuestra. Ponemos muerte cuando hacemos la vida imposible en nuestra casa; cuando usamos a nuestros compañeros como instrumentos al servicio de nuestra comodidad, nuestro interés o nuestra diversión; cuando convertimos nuestra relación de pareja en una relación de placer; cuando escapamos de nuestro compromiso profesional o de nuestro compromiso con la sociedad...

Ponemos muerte cuando pasamos de los dolores y muertes que nos rodean: la soledad de los ancianos que inundan con su abandono nuestras plazas de barrio o las residencias; la impotencia de los drogadictos; la soledad de los sin techo; los millones de españoles que están sumergidos en la pobreza y los dos tercios de la población mundial que pasa hambre; de los sueños rotos de los inmigrantes; las guerras y las torturas; los malos tratos...

Por nuestro egoísmo, por nuestra incapacidad de vivir, por nuestra ansia de placer y de comodidad, ¡cuántos Cristos hemos crucificado!

¿QUÉ HE HECHO POR CRISTO?

Jesús sigue muriendo en el patíbulo de este mundo. Lo queremos crucificado. Ya lo dijo Caifás: “Conviene que muera un solo hombre por el pueblo”. Hoy siguen diciendo los dominadores –y yo también lo soy–: “Conviene que pueblos enteros mueran por nosotros”. Siguen matándolo en los hombres. Hemos convertido el mundo en un enorme Gólgota sembrado de cruces. En los últimos sesenta años cada veinte segundos un hombre mata a otro hombre.

Los poderes mortíferos empapan todo el entramado social y están envenenando nuestra propia vida íntima. Más aun, están narcotizando nuestra propia conciencia. “No se puede hacer nada”. “Todos hacen lo mismo”. “No voy a ser un pardillo”. “Las cosas son así y no hay quien las mueva”. Y siguen campando a sus anchas las injusticias, las muertes, el hambre, la marginación, las torturas. “No se puede hacer nada”. Y nosotros seguimos cebando en nosotros mismos el ansia de placer, de prestigio, de poseer, de poder, haciendo así más densos estos poderes en

el mundo. “No se puede hacer nada”. Y Jesús sigue siendo cada vez más crucificado en todos los que están en el revés de la historia. En el fondo, interesa a nuestros egoísmos que Jesús siga muriendo.

¿QUÉ VOY A HACER POR CRISTO?

Pero para Jesús la muerte no es lo definitivo. Con su muerte y en su muerte crucifica todos los poderes del mundo. Jesús, ahí en la Cruz, es un vencedor. Jesús ha derrotado en la lucha titánica de la Cruz todos los poderes. Jesús muere radical y totalmente pobre, como el más desnudo entre los desnudos. Jesús muere radicalmente marginado como el más abandonado de todos, incluso de Dios. (“Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”). Muere convertido en el menosprecio de los hombres, como el más humillado, en la muerte más infame. Y así vence todos los poderes de este mundo. Se convierte en un hombre libre.

Desde entonces, la muerte de Jesús es un grito de esperanza. Porque es una muerte por amor. Y si no fíjate en el crucificado. Recorre su cuerpo: sus párpados caídos, sus manos y pies taladrados, su cuerpo llagado, la herida de la lanza en el costado, que le rompió todo por dentro, hasta el corazón... Quiso darnos todo, hasta la última gota de su sangre, porque quiso morir amando y sirviendo. Y entonces vimos claramente que la muerte no es el fin.

Los hombres solemos poner muerte en la vida, pero Dios pone vida en la muerte. Dios le da un sentido a las muertes, porque con la muerte de Jesús empieza la vida para los hombres y mujeres de este mundo. Él quiere levantar al hombre. El amor quita el miedo a morir. El que ama sabe que alguna muerte tiene que sufrir, algún tipo de muerte tiene que conocer. Todo el que da vida tiene que morir, liberándose de los egoísmos.

¿DÓNDE ESTOY YO? ¿CON LAS VÍCTIMAS O CON LOS VERDUGOS? ¿CON CRISTO CRUCIFICADO O CON LOS PODERES DEL MUNDO?

Ponte de nuevo ante el Crucificado y, como dice San Ignacio de Loyola, “imaginando a Cristo Nuestro Señor delante y puesto en Cruz, hacer un coloquio: cómo de Criador es venido a hacerse hombre y de vida eterna a muerte temporal, y así morir por nuestros pecados. Otro tanto mirando a mi mismo lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo”.

